

# ¿por qué?



# ¿por qué? ¿por qué?

La respuesta es difícil y compleja: una respuesta con varios filis y muchas espinas. Ellos, los niños terribles; ellas, las niñas que se han puesto sus trece y catorce años como una armadura, responden con agresividad.

¿Por qué no eres sincero con tus padres?

“¿Lo han sido ellos conmigo?”

“Les miento porque estoy segura de que no me interpretarían bien muchas cosas.

¿Qué pasaría si se enteraran de que a mis 14 años estoy enamorada?”

“Hasta ahora siempre me había tocado callarme. A veces yo tenía ganas de hablar y de contar cosas, pero les sentaba como un tiro que yo interrumpiese sus conversaciones. Ahora no hacen más que decirme que parezco una momia porque estoy callada. Y ahora sí, me callo por gusto.”

“Sí, les quiero, les quiero mucho... pero hay cosas que me fastidiaría tratar con ellos. Por eso, a las indirectas de mamá, que tira con bala, yo me hago la sueca.”

“Me hacen siempre tantísimas preguntas que encuentro bastante normal mentirles en algunas.”

“Yo también me he inventado mi ‘cigüeña’ particular para cuando me hacen preguntas que no sé o que me da rabia contestar.”

“Miento para que no me castiguen, para librarme por pies de la bofetada.”

“Me fastidia que a mi madre le sienta mal verme callada. Si no tengo nada que decir, ¿por qué tengo que hablar? ¿Eso es una falta de sinceridad?”

Casi podríamos establecer un paralelismo entre estas respuestas contundentes, a veces demasiado contundentes, y las que han dado algunos padres a esta otra pregunta:

¿Por qué cree usted que los hijos no son sinceros con sus padres?

“Quizá fuimos nosotros los primeros en no ser sinceros con ellos. Los padres tenemos el tejado de cristal. Es posible que cuando hablamos de sinceridad o insinceridad caigan las piedras sobre nuestro tejado.”

“En nombre de la sinceridad, les sometemos a veces a verdaderos interrogatorios; nunca les damos la impresión de que respetamos su intimidad. Y ellos la tienen. Es importante dirigírsela. Pero creo que es perjudicial querer emplear nuestra autoridad y nuestro derecho de padres como ganzúa para abrir las puertas de su confianza.”

“Creo que los padres leemos muy poco, escuchamos muy poco y mal a aquellos que pueden orientarnos en estos casos. Creo que uno de nuestros errores es hacernos un problema de cosas que deberíamos saber, que tendríamos que dar por supuestas. Nuestros hijos cambian en la adolescencia o la pubertad, pero empezamos por desconcertarnos ante el fenómeno y nos volvemos irritables con las ‘rarezas’ de los chicos. Esto es suficiente para que ellos se replieguen, no intenten el diálogo con nosotros e incluso nos mientan.”

“No lo sé. Tampoco les doy demasiada importancia a las mentiras de mi hijo. Le conozco suficientemente y sé hasta dónde llega su imaginación.”

“No lo sé. Si supiera responder a esa pregunta me ahorraría muchas preocupaciones y sinsabores. Déjenme que yo se la haga a ustedes y respóndanme, por favor: ¿por qué?”

En cada una de estas declaraciones, o tal vez en el conjunto de ellas, o tal vez entre líneas... existe una respuesta. Convertir la respuesta en verdadera solución, es nuestra tarea de “Padres y Maestros”.